



Momentos de Alicante
Gerardo Muñoz Lorente

En la alfarería de **Bartas** no había muchos objetos porque, afortunadamente, vendía con rapidez lo que producía. Además, la mayor parte de lo que fabricaba lo hacía por encargo. A sus 35 años, Bartas era un alfarero con mucho prestigio.

Pocos días antes, había traído del horno de arcilla la figura que ahora tenía en sus manos. La volvió a examinar con detenimiento y se sintió satisfecho. Era casi idéntica a la que, unos años atrás, había hecho para el santuario. Se trataba de una terracota de dos palmos de altura, que representaba a la Diosa Madre, la cual sujetaba con una mano a un niño y con la otra a una paloma, símbolo de la divinidad. Era un regalo para su maestro, a quien le había gustado mucho la anterior.

Amanecía el primer día de otoño (del año 309 anterior a nuestra era), cuando Bartas salió del taller para caminar los pocos pasos que le separaban de su hogar. No se cruzó con nadie en la calle. La noche anterior todos los vecinos habían celebrado la fiesta de difuntos. Después de conmemorar durante tres días el fin de la recolección de las cosechas y el descenso de la diosa al interior de la tierra, para preparar su renacimiento a través de la siembra, los vivos habían ido a visitar a sus muertos en noche de luna menguante. Fueron hasta la necrópolis iluminándose con antorchas, muchos a pie, otros cruzando la laguna en sus barcas.

Dentro de la casa se hallaban su esposa, **Kanines**, y el primogénito de ambos, **Bolaiker**. Ella estaba trabajando en el pequeño telar que había en un rincón, iluminado por un par de lámparas de aceite y la creciente claridad sonrosada que entraba por la única ventana. Lo había heredado de su madre y con él había confeccionado toda la indumentaria de la familia, utilizando lana, lino y esparto, principalmente: como las dos largas túnicas con mangas cortas que vestía ella en ese momento, blanca la interior y azul la exterior, ceñidas con una banda ancha, y los calzones blancos y las túnicas cortas y azules que llevaban padre e hijo, ceñidas por cinturones con amplios broches.

Bolaiker tenía 14 años, trabajaba de aprendiz en el taller de su padre, e iba a acompañar a éste en la visita que iba a realizar a su antiguo maestro. Se despidieron de Kanines y, al salir a la calle, se encontraron con los dos hermanos de Bolaiker, que venían de la fuente más cercana, donde habían llenado las dos tinajas que ahora cargaba un asno en sus alforjas. **Neitin**, de 13 años, vestía como su madre, y **Tursain**, de 10, insistió en ir

LA CUNA DE ALICANTE (I): TOSSAL DE LES BASSES

con su padre y hermano. Pero Bartas le ordenó que se quedara, añadiendo con impostada solemnidad: «Durante unas horas serás el único hombre de la casa y, como tal, habrás de cuidar de tu madre y hermana». Tal encargo no solo conformó a Tursain, sino que le llenó de orgullo. No le gustaba el torno ni se le daba bien hacer figuras de arcilla, pero en cambio era muy diestro manejando la honda y soñaba con convertirse algún día en un gran guerrero.

Bartas y Bolaiker fueron hasta el almacén de **Anartaker**, situado junto al embarcadero, en el límite sureste de la ciudad, a orillas de una laguna que estaba abierta al mar a través de una gola que partía la restinga de arena.

Anartaker tenía ya preparado su carro, tirado por dos bueyes y lleno de ánforas vacías. Ánforas que hacía tiempo había comprado a Bartas. Le acompañaba su primogénito, **Iltiraker**, de 15 años.

Por vía marítima o por el interior, a través de la Vía Heraclea, Anartaker llevaba lustros manteniendo relaciones comerciales con otras poblaciones de la Contestania y de otros territorios iberos, como la Bastetania o la Edetania, y también con colonias massalianas (Massalia, colonia griega; hoy Marsella) de Alonis y Heme-roskopeion (tal vez Villajoyosa y Dénia, respectivamente), y Cartago.

Era, pues, Anartaker un hombre rico, y tan amigo de Bartas que ambos habían acordado comprometer en futuro matrimonio a sus hijos Iltiraker y Neitin.

El sol empezaba a calentar desde un cielo completamente azul, cuando los cuatro hombres salieron de la ciudad, atravesando la muralla por la puerta principal. Los hijos caminaban, mientras que sus padres iban sentados en el pescante del carro.

Marcharon por el camino que llevaba a otro poblado contestano que había al nordeste, atravesando campos agrestes, llenos de malezas y rocas, pero también otros cultivados, donde crecían olivos y vides, almendros y frutales. Vieron a varios labriegos arando solos o con ayuda de bueyes, hincando las rejas del arado en la dura tierra, y se cruzaron con un par de rebaños ovinos, guiados por pastores solitarios o acompañados de canes vigilantes.

Tardaron algo menos de dos horas en arribar a su destino: una pequeña península donde se levantaba un poblado eminentemente mercantil.



Terracota ibérica de la diosa madre, con un niño en una mano y una paloma en la otra, de la necrópolis de la Albufereta y, a la derecha, restitución hipotética de la laguna marina que existió en época ibérica, siglos V-IV a. C., en la Albufereta. MARQ



Apuntes históricos

En el noroeste de la Albufereta, en lo que ahora conocemos como Tossal de les Basses (Cerro de las Balsas), hubo un asentamiento neolítico, al que sucedió otro de la Edad de Bronce, y en el que posteriormente (siglo V antes de nuestra era) se construyó una ciudad ibera, amurallada, cuyo nombre desconocemos. Posiblemente fue fundada por el jefe de una gran familia, un caudillo, cuya tumba fue descubierta por los arqueólogos en una pequeña elevación, rodeada por otras sepulturas menos importantes.

La ciudad contaba con una antemuralla en el lado opuesto de la laguna, donde se hallaba la puerta principal. Sus calles estaban bien trazadas, bordeadas de viviendas, algunas adosadas a la muralla. La vía más importante corre dirección norte-sur y tiene dos metros de anchura, con calles menores transversales.

Los edificios eran de adobe, alzados sobre un zócalo de mampostería. Debían ofrecer un color llamativo, entre rojo y anaranjado, debido a la arcilla con la que estaban hechos los adobes. Algunas de las edificaciones situadas en la calle principal tenían casi cinco metros de longitud. En el centro de la ciudad destacaba un edificio dividido en tres naves, con piso enlosado, donde posiblemente se hallaba un templo.

En el límite sureste de la ciudad, a orillas de la laguna, había un embarcadero complementado con tres pantanes de mampostería, que facilitaban el amarre de embarcaciones de poco calado. Entre las instalaciones portuarias había al menos dos almacenes.

Cuando los íberos construyeron esta ciudad, la Albufereta era una laguna abierta al mar por su lado meridional. Pero, con el paso del tiempo,

fue cerrándose por medio de una restinga arenosa. Entre los siglos IV y III antes de nuestra era, esta restinga debía estar fraccionada por una gola, a través de la cual entraban embarcaciones cada vez más pequeñas, según se iba estrechando este canal.

Entre el muelle y las viviendas había hornos cerámicos, balsas de decantación, fraguas..., una auténtica zona industrial en la que predominaban dos materias primas: la arcilla, que se extraía en minas cercanas, y el plomo, que se importaba en forma de tortas, para ser procesado en fraguas y hornillos hasta la obtención de plata.

Había varias fuentes de agua que manaban de las laderas de la Serra Grossa, en cuya falda, por cierto, se estableció un pequeño poblado a finales de la Edad de Bronce.

Los pobladores de esta ciudad ibera («cuna de la actual Alicante» en palabras del arqueólogo **Pablo Rosser Limiñana**), pertenecían al pueblo contestano, cuyo territorio, Contestania, abarcaba el sur de la actual provincia de Valencia, toda la de Alicante y parte de la de Murcia. Otros pueblos iberos habitaban en territorios vecinos, como los edetanos, al norte, o los bastetanos, al sur y al oeste, pero solo los contestanos reunían todos los rasgos que definen la cultura ibérica, incluida la escritura greco-ibérica. De ahí que sean la «quintaesencia ibérica», en opinión de **Manuel Olcina Domenech**, arqueólogo y director del MARQ.

A diferencia de otros pobladores posteriores, como los romanos, los visigodos o los musulmanes, que llegaron aquí procedentes de otras tierras, los íberos no vinieron de ningún otro sitio, porque siempre estuvieron aquí.